

LINEAS ESTRATEGICAS PARA EL DESARROLLO ACADEMICO DEL COLEGIO

La presente reflexión tiene como objetivo determinar algunos de los criterios básicos que, a mi parecer, deben regir el desarrollo académico del Plantel en los años que vienen. En algunos casos no solamente se discuten perspectivas generales, sino que se proponen esbozos de programas y de acciones concretas que las materializan.

I. INTRODUCCION.

Los objetivos del Colegio de Ciencias y Humanidades, en la ausencia de una definición canónica, han sido formulados de diversas maneras, en el intento de resumir las ideas de los documentos iniciales, en particular, los contenidos en la Gaceta Amarilla.

Como un punto de partida operativa para este artículo, me parece que los siguientes enunciados resumen suficientemente en el plano académico el conjunto de concepciones que los profesores hemos llamado “las ideas del Colegio”:

- aprender haciendo que se refiere el método didáctico*
- aprender a aprender, que describe el enfoque esencial del Plan de Estudios, destinado a promover una cultura generadora de nuevos conocimientos*
- aprender para hacer, o la unión de teoría y práctica*
- aprender a ser, es decir, el carácter formativo de la enseñanza del Colegio y la transmisión crítica de valores*
- reconstruir en el conocimiento la unidad del objeto, o enfoque interdisciplinario.*

Estas ideas contienen valores académicos significativos. En particular eran, y siguen siéndolo hoy, de gran actualidad

en 1970. El Colegio nació con su tiempo. Un signo de su vigencia puede encontrarse en las reformas recientes (1978) de los Bachilleratos de España e Italia que, siete años más tarde, recogen puntos de vista y soluciones ya intentados por nosotros.

Las ideas del Colegio, sin embargo, tienen limitaciones importantes. No ha habido en ningún caso una definición precisa de conceptos ni, sobre todo, se ha hecho explícita la interrelación que debe existir entre ellos. Por otra parte, la mera enunciación de ideas dista mucho de conferirles carácter operativo. De estas carencias se han derivado muchos de los problemas internos del Colegio: utilización oportunista de los mismos enunciados para fines opuestos, dispersión de esfuerzos, verbalismo, etc.

No es mi intención analizar en detalle todas las consecuencias que se pueden derivar de los objetivos o características del Colegio para la determinación de una estrategia de su desarrollo académico. Tomaré únicamente algunos de los aspectos más generales, que asumo como postulados cuando no son realidades indiscutibles.

Me referiré explícitamente a los puntos siguientes:

- 1. El carácter innovador del Colegio.*
- 2. El carácter básico de su enseñanza.*
- 3. El carácter masivo de la institución.*

II. DE ALGUNAS CARACTERISTICAS DEL COLEGIO Y DE SUS EXIGENCIAS

1. El Colegio es una institución innovadora.

Son conocidos de todos los textos iniciales que proponen al Colegio como órgano de innovación de la vida universitaria.

Propuesto como innovador, el Colegio fue desde 1971 una novedad. Su aparición constituyó en el paradigma de las instituciones de enseñanza media superior (Preparatoria y Vocacionales) una diferencia, una perturbación que cambió relaciones y perspectivas.

El carácter innovador del Colegio puede ser una frase hueca y desempeña una función ideologizadora: cubrir ya actualmente prácticas viciadas con el pretexto (cada vez más inseguro) de la novedad. Es indudable, sin embargo, que aún hoy en el panorama de la educación nacional el Colegio presenta la opción más novedosa y original: el Colegio es diferente.

¿En qué consiste su diferencia en lo académico?

Podríamos responder repitiendo los enunciados con los que iniciamos nuestro trabajo. Podríamos hablar también del Plan de Estudios, simple y suficientemente racional, al menos en los cuatro primeros semestres. Nos limitaremos a señalar algunos aspectos en los que precisamente esta novedad es insuficiente o problemática.

En primer lugar, las diferencias del Colegio se dan a priori, en el papel, y no garantizan que la práctica de la enseñanza sea suficientemente específica y determinada para que sin vacilaciones se pueda distinguir de otras prácticas semejantes del mismo nivel. Veamos algunos ejemplos.

¿Podemos decir que la enseñanza de la Psicología es distinta de la que se da en las Preparatorias? ¿Bastan las diferencias de procedimiento pedagógico para originar una enseñanza distinta, si en ambos casos se estudian los mismos temas, en los mismos textos, con los mismos enfoques científicos? Si el ejemplo resulta periférico, tómese Historia y preguntémonos si nuestras proposiciones sobre la Revolución Mexicana son diferentes por su enfoque, por su profundidad, por su carácter objetivo de las que muchos profesores enseñan en las escuelas. ¿Hay diferencias si las mismas prácticas entendidas como espectáculo se dan en una aula en la Preparatoria y en un laboratorio en el Colegio? Ahorremos los ejemplos de otras Áreas.

¿Cómo avanzar para lograr que el Colegio cumpla con su función innovadora? De manera general, esta función no es posible si no se **organiza el trabajo del Colegio como una investigación permanente**. Sin análisis y estudio continuos para determinar diferencias y justificarlas teóricamente, para corregir desviaciones y acentuar procesos, no es posible innovar académicamente.

Esta tarea, sin embargo, tiene peldaños y posibilidades diversas que pueden explorarse sucesiva o simultáneamente.

Un primer intento sistemático debería dirigirse a recuperar y sistematizar la práctica académica del Colegio. Una práctica, un conjunto de medidas y operaciones permanentemente ejecutadas, supone consciente o inconscientemente una opción entre diversas alternativas y una elección de valores que conforman conjuntos de carácter social. Es práctica generalizada en Naucalpan, por ejemplo, no pasar lista en clase, lo que significa, por oposición a otras prácticas del

mismo paradigma, una opción por la responsabilidad personal de los estudiantes. Lo mismo puede decirse de la práctica de muchos profesores de matemáticas de dejar de lado los lenguajes formales para dedicar mayor atención a mecanización de operaciones.

Las prácticas se juzgan por sus resultados, por lo que producen. Hasta ahora el enorme caudal de experiencias acumuladas de los profesores no ha sido dado a conocer, ni mucho menos sistemáticamente analizado. Crear órganos, escritos o no, de comunicación de experiencias, estudiar la historia de las prácticas del Colegio, son tareas urgentes que deben encontrar soluciones operativas.

En un segundo nivel la actividad cotidiana de la docencia, lo que hacemos en clase, y los resultados que obtenemos, deben convertirse en objeto permanente y colectivo de investigación. Si el Colegio debe innovar, no puede hacerlo sin evaluar sistemática y constantemente su actividad para reformarla. Estamos en el Colegio aún en el estadio de las apreciaciones aproximativas. Hay que establecer un sistema de recolección de datos, de análisis estadísticos, de investigación para que a partir de lo que obtenemos cada día, podamos encontrar soluciones alternativas para el mejoramiento. Nuestra docencia debe estar concebida con actitud y como obra científica.

El último escalón será la investigación pedagógica y teórica. No podemos avanzar en la construcción de algo indefinido teóricamente, como es actualmente el Colegio, sin situarlo en relación precisa con otros postulados y otras instituciones, sin una conciencia clara de su inserción social e histórica en México. Dedicar recursos a esta tarea no es ni desperdicio ni lujo, sino un presupuesto indispensable del avance académico.

En conclusión, el carácter innovador del Colegio exige de nosotros una posesión práctica y teórica de nuestras diferencias con otras instituciones, la capacidad de justificarlas y de evaluar nuestras aportaciones a través de sus resultados. La investigación pedagógica, con todas sus relaciones con otras disciplinas, constituye su condición indispensable.

2. El Colegio intenta transmitir una cultura básica.

Sabemos que el Colegio ha excluido el enciclopedismo como objetivo de su enseñanza. Frente a la multiplicación —que puede ser prácticamente indefinida— de conocimientos juzgados útiles en los currícula, el Colegio postula una vuelta a lo básico, es decir, a la cultura entendida no como un legado inerte, sino como un conjunto de principios de conocimientos, como elementos productores de saber y de hacer, por cuya combinación puede accederse a mejores

conocimientos y prácticas. Leer, escribir, hablar, observar con pertinencia, relacionar, operar intelectual y prácticamente sobre problemas concretos, son temas que los documentos originales describen —y con razón— como importantes y específicos de la cultura que debe transmitir el Colegio.

De estas concepciones se derivan consecuencias académicas y organizativas como la simplicidad del Plan de Estudios, el bajo número de horas de clase, la insistencia en el aprendizaje de procedimientos de trabajo intelectual, en una palabra, la importancia de **aprender a aprender**.

Pocas ideas del Colegio han sido tan apocócomprendidas y seguidas en la práctica. La formación de la mayoría de nosotros —tradicional, enciclopedista y poco sistemática—, no nos ha dado ni la posesión intelectual explícita de una cultura básica ni mucho menos la posibilidad operativa de transmitirla. Con este antecedente, por un fenómeno de “particularismo de especialista”, creemos a veces que todo lo que sabemos sobre nuestra materia, es importante. En vez de destacar lo esencial, los núcleos que organizan el saber y gestan posibilidades de expansión de conocimiento en los alumnos, hemos multiplicado, en un afán irreflexivo de dar visiones completas, conocimientos menos trascendentes. Este fenómeno es visible, por ejemplo, en la demanda permanente de que aumenten las horas de ciertas materias de 5o. y 6o. semestre. La imagen de las licenciaturas a las que se dirigen los alumnos, con exigencias extrañas a nuestros enfoques esenciales, ejercen una presión deformadora en el mismo sentido tanto más sensible cuanto no resolvemos de raíz el problema de que los alumnos sepan aprender autónomamente.

En este punto se hace necesario un retorno a lo esencial o, mejor dicho, su búsqueda, su determinación, su práctica. Hay que enseñar en primera instancia lo básico, lo que genera otros conocimientos en cada campo científico, los conceptos, operaciones y leyes que mejor ofrecen una percepción e integración de los conjuntos de conocimientos. No se trata de transmitir una superlógica o un supermétodo de adquisición de conocimientos, sino de seleccionar, a partir de problemas concretos, los más fecundos para la vida intelectual de los alumnos.

Este trabajo, condición indispensable de un desarrollo académico innovador específico del Colegio, admite una programación por etapas.

En un primer momento hay que definir de manera precisa los programas de las materias y reestructurarlos sobre las respuestas que podamos dar en cada caso a la pregunta: ¿Qué forma parte de una cultura básica en esta materia? Contar con programas esenciales con enfoques diferenciados en relación con otras instituciones y con contenidos básicos,

representa la condición indispensable para centrar en la perspectiva propia del Colegio el trabajo docente cotidiano.

Por otra parte el postulado interdisciplinario del Colegio presupone la definición de los programas de las materias y de los conjuntos de materias. No es posible relacionar entre sí lo que no está definido. Si no se conoce la intención final de las materias, no es posible encontrar nexos de carácter propiamente interdisciplinario entre ellas, es decir, reconstruir la unidad de objeto a través de la diversidad combinada de los enfoques. Presentar la interdisciplina en el mero plano de los contenidos (el estudio de un solo tema) no unifica, yuxtapone.

Por último, la necesaria y estatutaria revisión del Plan de Estudios no es posible sin una claridad inicial de los objetivos y contenidos básicos de cada materia, o al menos de las que forman el curriculum de los cuatro primeros semestres.

3. El Colegio es una institución de servicio masivo.

Los textos iniciales sobre el Colegio subrayan la necesidad de utilizar racionalmente los recursos de la Universidad para dar mejor educación a mayor número de mexicanos.

En un esfuerzo, tal vez único en la historia de la educación de este país, la Universidad comienza en el Colegio una experiencia de utilización exhaustiva de recursos que se materializa en 14 horas de servicio diario y en la aparición del Profesor de Asignatura de 30 horas, situación académico-laboral inicialmente no prevista y novedosa en los usos de la UNAM. Inútil insistir en el carácter empobrecedor, destructivo, de 30 horas semanales de explicación y evaluación.

El carácter masivo de los Planteles es evidente: 15,000 alumnos. Lo mismo sucede en los grupos donde puede llegar a haber 65 alumnos reales.

En este contexto se formula con frecuencia una alternativa: disminuir el número de alumnos o disminuir la calidad de la enseñanza. Examinemos el dilema.

El carácter masivo del Colegio es un dato, un hecho con el que deberemos seguir contando. Ni más Planteles para acoger el excedente teórico de nuestros grupos, puesto que el Colegio no corresponde al modelo de institución que impulsa actualmente el Estado mexicano, ni disminución de la presión demográfica sobre la UNAM, en razón de la demanda de ingreso a una institución, la única, que puede asegurar el pase reglamentado a los estudios de licenciatura. Estamos por razones estructurales previsiblemente condenados a trabajar en las condiciones de población actuales.

¿Hay, por consiguiente, que resignarse a la pérdida de calidad de nuestra enseñanza?

Pienso que hay que responder claramente que no, y no por simple voluntarismo aunque, hay que reconocerlo, el reto es difícil. Tocaría al Colegio, si logramos encontrar soluciones operativas eficaces, innovar y revolucionar verdaderamente en este campo.

El dilema de calidad-número de estudiantes, no puede superarse partiendo de presupuestos tradicionales, es decir, si no modificamos profundamente la práctica docente usual en otras instituciones y de la cual somos herederos por formación y tributarios por falta de imaginación.

Un grupo de 60 personas es grande y esto es innegable, pero sus alumnos podrán aprender o no, según los procedimientos de trabajo empleados en clase.

Para encontrar soluciones operativas, pueden servir de punto de partida los siguientes dos postulados:

A.— En el Colegio las soluciones deben superar los estadios artesanales y tener un enfoque masivo. Este principio es aplicable a los grupos escolares y a cada Plantel en su conjunto. No es posible constituir islas de predilección con servicios particulares, sino que se requiere buscar siempre cómo los recursos disponibles sirvan a las grandes mayorías de alumnos y profesores. Así, por ejemplo, los servicios de Orientación no pueden, como en 1977, en Naucalpan, limitarse a hacer cuidadosos estudios personales de 180 alumnos anualmente, cuando son 4,000 los que requieren apoyo para una elección menos azarosa de carrera. Lo mismo debe pensarse de la compra de libros, de los medios audiovisuales, del uso de impresiones, etc.

B.— Debe tenderse a aligerar la carga de trabajo de los profesores por medio de otras estructuras de la carga académica y centrando su esfuerzo docente en las zonas en que es realmente insustituible: no deben los profesores hacer lo que medios materiales pueden lograr en lugar de ellos.

Con estos dos postulados es posible formular una aproximación de programa destinado a conciliar número elevado de alumnos con calidad académica. Veamos algunos elementos:

1.— Hacer colectivo el trabajo de planeación de cursos y actividades y sobre todo la producción del material necesario para clase (ver 4), utilizando los grupos naturales existentes (grupos de profesores que se tratan continuamente y trabajan juntos) bajo la coordinación de las academias, o las academias mismas, si esto es posible. De esta manera, por cada examen, material, unidad etc., que cada profesor entrega, recibe lo que los demás inte-

grantes del grupo producen, lo que aligera sensiblemente su carga previa a la docencia.

- 2.— Utilizar dinámicas de grupos variadas para superar la tradicional necesidad de hablar durante 6 horas por día.
 - 3.— Utilizar las potencialidades de docenas de los alumnos mismos, según el principio de que “quien más sabe enseña a quien menos sabe”. Es posible imaginar sistemas de monitores de apoyo en los grupos. Los alumnos son autosuficientes para múltiples operaciones de planeación, autoaprendizaje o evaluación formativa, bajo la responsabilidad del profesor.
 - 4.— Utilizar sistemáticamente material escrito para transmitir la información, lo que supone la capacidad real de los alumnos de leer, comprender y tomar notas y la producción amplia de material escrito de calidad.
 - 5.— Utilizar colectivamente los medios audiovisuales para crear un sistema de autoservicio de información académica. Los medios materiales para echar a andar este servicio comienza ya a estar a nuestro alcance en reproducciones de video y grabadoras.
 - 6.— Emplear ampliamente los servicios de exámenes por computadora en la perspectiva de la evaluación continua postulada para el Colegio. No es posible, en efecto, pedir a un profesor, incluso si se encuentra en la situación “ideal” de dar 21 horas de clase como los Complementados o PCEMS, que revise semanalmente, si lo continuo de la evaluación es más que una palabra, 350 trabajos dedicando 5 minutos a cada uno. El resultado, 1750 minutos semanales, representa una jornada de trabajo equivalente a las 30 horas de clase que la Universidad permite a sus profesores de asignatura. Si a través de la computadora se ahorran 25 horas de evaluación semanal y de ellas el profesor dedica 2 horas diarias a preparar sus clases o sus exámenes, se obtiene una descarga de trabajo importante y un primer acercamiento a un trabajo creativo y sistemático. Bancos de reactivos generales y de fácil aplicación constituyen otras ventajas adicionales del sistema.
- La limitación innegable de los exámenes objetivos se compensa con el tiempo liberado que permite aplicar inteligentemente otras pruebas más, para evaluar aspectos complementarios y más profundos.
- 7.— Centrar el trabajo de los profesores en aquello en lo que son insustituibles, es decir, en la determinación de contenidos básicos que deben profundizarse, en la transmisión de valores (ser crítico, ser objetivo, ser respetuoso de la diferencia, aprender a ser) en el manejo de métodos y procedimientos de trabajo específicos de cada materia (aprender a aprender). Es indudable que la capaci-

dad de enfrentar problemas concretos se adquiere en cierta medida por arte, es decir, por una capacidad teórico-práctica que afina la percepción para distinguir lo pertinente, lo significativo y para relacionarlo. No parece probable la sustitución de la experiencia humana como factor esencial del aprendizaje en este aspecto.

Conciliar número elevado de alumnos y calidad académica, además de una necesidad ineludible, representa la posibilidad de encontrar, así sea embrionariamente, un modelo de actividad docente propio del Colegio, es decir, una respuesta operativa al problema de cómo enseñar en estas condiciones difíciles y novedosas. La clase en esta perspectiva no es sino el lugar de encuentro de quienes, previa y básicamente informados, discuten criterios y procedimientos para resolver en una confrontación libre y objetiva problemas concretos, a través de los cuales se aprende a resolver otros, es decir, se adquiere una cultura básica y generadora de nuevos conocimientos y prácticas.

III. UNA OPERACION CONCRETA: REFORMAR EL PRIMER SEMESTRE.

En el cuadro de ideas de las páginas precedentes quisiera terminar formulando una proposición específica que, por su carácter concreto, resume operativamente los principios anteriormente descritos. Esta proposición se refiere a la organización, diferente desde el punto de vista académico, del primer semestre del Plan de Estudios.

Preocupados por hacer aceptable y positivo el cambio que los alumnos de primer ingreso experimentan al llegar al Colegio, ha habido esfuerzos para lograr una ambientación conveniente. Esta ambientación se refiere sustancialmente a los aspectos organizativos y pedagógicos.

No existe sin embargo una estructuración semejante del trabajo académico del primer semestre: no se preve absolutamente nada para ayudar al cambio de perspectiva intelectual que debería suponer la entrada al Colegio, sino en aspectos muy superficiales. Por ello se genera una desorientación académica que repercute negativamente durante los semestres siguientes.

Nuestros programas comienzan, por ejemplo, sin una verificación realista de los prerrequisitos que suponen. Los alumnos carecen normalmente de muchas de las habilidades y conocimientos que les atribuimos, con frecuencia de manera sólo implícita.

Por otra parte, se da en primer ingreso una influencia acusada de las diferencias culturales. El CCH es distinto y

se opone a patrones culturales muy arraigados en nuestra sociedad: promueve, por ejemplo, la iniciativa ante alumnos sometidos a la autoridad y acostumbrados a la pasividad; invita a ser críticos a quienes han vivido de la aceptación de verdades ajenas y a ser "culturales" a quienes se sumergen en una cultura de masas no precisamente popular, sino manipulada.

Si recordamos la importancia del inicio de cualquier actividad de aprendizaje para su posterior desarrollo, podremos darnos cuenta de la gravedad del déficit de organización académica que padecemos en este punto. El problema como tal ni siquiera ha sido planteado públicamente.

En segundo semestre las carencias básicas y los falsos presupuestos aumentan: los alumnos traen auestas no solamente lo que no aprendieron en secundaria, sino lo que dejaron de hacer el primer semestre. No es raro que en este semestre sistemáticamente haya un número más alto de reprobados. La cadena de ineficiencia crecerá a partir de estos primeros fracasos. Es, pues, indispensable formular proposiciones para enfrentar este problema.

En esta perspectiva propongo, centrar un esfuerzo de planeación colectiva y cuidadosa en resolver el problema de los alumnos de primer ingreso, es decir, en determinar y lograr los conocimientos y habilidades básicas que permitan su participación académica y la explotación de todas las posibilidades educativas que les ofrece el Colegio. Se trata de dar a los alumnos, desde el comienzo del primer semestre, los procedimientos de trabajo esenciales para cada materia y Área; se trata de introducirlos sistemáticamente en la cultura básica del Colegio, de iniciarlos a aprender.

Veamos con ejemplos esta proposición. En Talleres se insistiría de entrada no en la lectura de obras literarias (indispensable en su momento), sino en las operaciones básicas del lenguaje: leer y comprender textos variados según sus reglas elementales específicas de interpretación, hablar y utilizar los procedimientos esenciales de organización del trabajo colectivo, escribir (notas, fichas, resúmenes). Cuán importante es poseer estas habilidades desde el comienzo del trabajo en el Colegio, lo manifiestan quejas y lamentaciones cuando los alumnos no lo hacen.

Me arriesgaré a insinuar algunas posibilidades análogas en las otras Áreas. Quizá en Experimentales el aprendizaje de la cultura básica pueda comenzar con definir experiencias concretas y problemas que resolver que lleven a un primer entrenamiento en la observación de datos pertinentes, a comprender el concepto de rango de validez de una ley y, en general, cómo se emplean las leyes de la naturaleza como instrumentos para comprender los fenómenos y actuar sobre ellos. En Matemáticas, la comprensión de su carácter de len-

guaje o de los modelos como instrumentos que nacen de la realidad, y sirven para solucionar problemas concretos, pueden quizá ser elementos básicos. En Historia la habilidad para leer con sus reglas específicas textos históricos y comprender con claridad los conceptos esenciales de una visión o teoría de la historia (lucha de clases, modo de producción, etc.), de manera que su utilización posterior sea precisa y sistemática, abriría la puerta de mejores rendimientos posteriores.

En ningún caso, y esto es esencial, se trataría de enseñar reglas de operación en abstracto o recetas de qué hacer para resolver problemas. Se trata de plantear problemas concretos, de utilizar las experiencias de las que parten los alumnos, sus intereses y motivaciones, para conducirlos por procedimientos predominantemente inductivos hacia la posesión precisa y clara de las herramientas esenciales de trabajo intelectual. Que existan alumnos que al final del primer semestre lean cualquier texto empleado en el Colegio, puedan explicarlo inicialmente, hagan fichas bibliográficas, escriban resúmenes simples, posean concepciones fundamentales inducidas a partir de experiencias o análisis concretos, daría la posibilidad de emprender seriamente el trabajo posterior. No hacerlo, es condenarse a la incertidumbre e indefinición actuales, a declarar que el Colegio no está en el Colegio.

IV. CONCLUSION.

Una línea estratégica supone opciones conscientes. En este texto he preferido como propuesta para impulsar el desarrollo académico del Colegio las soluciones masivas en vez de las particulares o dirigidas a los selectos; la cultura básica, en vez de la acumulación indefinida de conocimientos; los procedimientos de trabajo, en vez de los conocimientos en sí y en abstracto; los procedimientos inductivos de aprendizaje, en vez de enfoques meramente deductivos; mejorar la precisión y determinación de enfoques de programas de materias en vez de la yuxtaposición de elementos informes; la atención a las condiciones concretas de aprendizaje de los alumnos, en vez de la presuposición infundada de prerrequisitos; el trabajo colectivo, en vez del meramente individual; la ejecución de trabajos en que el profesor es indispensable, en vez de los esfuerzos indiscriminados; la organización para aligerar cargas, en vez del aislamiento; la calidad a pesar del número, etc.

Es responsabilidad de los profesores del Colegio proponer soluciones y programas que contribuyan a su desarrollo con eficacia y decisión.

*Dr. José de Jesús Bazán Levy.
Plantel Naucalpan.*